

Universidad de Guadalajara – CUCSH – Facultad de Filosofía
VI Jornadas de Filosofía
Crisis de la Filosofía y autonomía de las Ciencias Sociales

12 de noviembre de 2013
Dr. David Velasco Yáñez, sj
Profesor – Investigador del
Departamento de Estudios Sociopolíticos y Jurídicos
ITESO – Universidad Jesuita de Guadalajara

Breve introducción

En esta presentación quisiera establecer dos niveles de reflexión. En la primera, el plantear la crisis de la filosofía en tanto “ciencia madre” y práctica noble y erudita, cuestionada por la desconfianza hacia la razón, o más bien, de una manera de entender la razón y, en particular, la modernidad, en un amplio abanico de expresiones de enorme complejidad, en el que se cuestiona el sentido y la razón de ser del quehacer filosófico en un cambio de época en el que ella también, como otras muchas ciencias, pierden su lugar tradicional y buscan su reacomodo. Pero también, crisis de la filosofía, en tanto que puede ser ella misma objeto de estudio de las ciencias sociales, y no necesariamente, como se ha malinterpretado, que cualquier aborde de éstas es un ataque a la filosofía. En el mejor de los sentidos, se trataría de encontrar los canales más adecuados para la comunicación entre ciencias y responder a los grandes desafíos que nos plantea este cambio de época que no acabamos de entender en qué consiste y hacia dónde nos lleve.

Una historia reciente del desarrollo de las ciencias sociales – historia, economía, antropología, sociología – da cuenta de una progresiva autonomía respecto de la filosofía y de otras ciencias. El diálogo entre las ciencias sociales, así autonomizadas, y la crisis de la filosofía nos puede dar pistas para el desarrollo de unas y de otra, en particular, para la teorización de nuevas prácticas sociales caracterizadas por su carácter antisistémico o contrahegemónicas, por un lado, y por el otro, desmitificar la razón imperialista que se nos ha impuesto desde los centros

hegemónicos, apoyados a su vez en el desarrollo de una filosofía individualista a la que han reaccionado tanto los existencialismos del siglo pasado como las diferentes expresiones de la posmodernidad en el periodo de entresiglos.

Hacia una sociología del campo filosófico

Para este primer ejercicio, nos ayudamos de un breve texto del más filósofo de los sociólogos contemporáneos. Pierre Bourdieu intenta un desmentido “a aquellos que quieren ver en todo análisis sociológico de las prácticas e instituciones filosóficas un ‘ataque’ contra la filosofía.”¹

Bourdieu parte de un reconocimiento que, a mediados del siglo pasado, hiciera Kurt Lewin al agradecer a Ernst Cassirer por haber permitido a las ciencias sociales liberarse de la idea normativa de la ciencia según el modelo de las ciencias naturales. Con esto, el que fuera director del Colegio de Francia, hace un reconocimiento de la mutua ayuda que pudiera darse entre la filosofía y las ciencias sociales.

En primer lugar, Bourdieu denuncia el carácter irreductible del discurso filosófico a toda determinación social: “Las filosofías de la historia de la filosofía, de ahí su diversidad, se ponen de acuerdo todas para afirmar la irreductibilidad del discurso filosófico ante toda determinación social.”

El contraste que hace Bourdieu es entre una filosofía siempre cuestionadora y, por otro lado, su cerrazón a todo cuestionamiento de su quehacer: “Si hay una cuestión que la filosofía, sin embargo tan cuestionadora, y la historia de la filosofía, que la hace surgir por su existencia misma, se las ingenian para excluir, es la cuestión de las condiciones sociales de posibilidad de la filosofía y del filósofo, y de los efectos filosóficos – por ejemplo los límites inadvertidos – que están implicados en estas condiciones”.

¹ Bourdieu, P., Las ciencias sociales y la filosofía. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, No. 47 – 48, junio de 1983, páginas 45 – 52.

El aporte que las ciencias sociales podrían dar a la filosofía, consisten precisamente, en “trae al día las condiciones prácticas y teóricas del pensamiento filosófico, es decir los intereses, más o menos sublimados filosóficamente, que se invierten en el ejercicio de la actividad especulativa, pero también los esquemas de pensamiento que estructuran la experiencia filosófica y su expresión, podría dar toda su eficacia al suspenso de presupuestos que están inscritos en el puesto y en la postura, es decir en la doble historia, colectiva e individual, de las que son el producto.”

En la práctica y en las instituciones de la filosofía, a la luz del ejercicio sociológico, está precisamente en objetivar todo lo impensado que rodea a las escuelas de filosofía, sus alumnos y profesores, en particular, dice Bourdieu, “el nombre mismo de filosofía, título de nobleza por medio del cual se expresa la jerarquía social, a la vez objetivada e incorporada, de las disciplinas y que, en ciertos universos sociales, por ejemplo en Francia y en Alemania hoy en día, encierra un poder simbólico de hacer ver y hacer creer, algunas veces considerablemente, que se manifiesta en el estado puro cuando funda los efectos de autoridad o de impostura legítima sin ningún otro fundamento en la fuerza intrínseca o el valor de verdad de los enunciados.”

Un ejercicio de sociología del campo filosófico, además de develar lo impensado en la práctica ordinaria de la filosofía, aludiría también a sus principales instituciones, no sólo sus facultades, sino al hecho mismo de que “la creencia en la filosofía y en el filósofo [son] una institución”.

Una tarea particularmente difícil que el propio Bourdieu reconoce, radica en la más completa contextualización de la producción de una concreta institución filosófica, sólo para establecer las condiciones sociales de su producción y de su utilización. Lo que se trasmite, en cambio, es una cierta *doxa* filosófica transmitida por las rutinas escolares y los manuales de filosofía.

En síntesis, el aporte que un ejercicio de sociología del campo filosófico, lo plantea Bourdieu de la siguiente forma: “Así, librar a los filósofos patentados o aprendices la historia (social) de la herencia filosófica, que les pertenece tanto como creen poseerla, sería ofrecerles la posibilidad de un verdadero psicoanálisis del espíritu filosófico y darles la oportunidad de reapropiarse de su propio pensamiento, lo que ha constituido desde siempre una de las ambiciones declaradas de la empresa filosófica.”

Una manera de ayudar a la filosofía a liberarse de sus condicionamientos estructurales sería, en opinión de Bourdieu: “En efecto, solamente una verdadera historia social de la filosofía puede asegurar una libertad real en referencia con las limitaciones sociales, objetivas o incorporadas, que todas las épocas dejan intactas”.

Y pone algunos ejemplos: “las jerarquías, instituidas en las cosas y en los cerebros, en materia de autores y textos canónicos, de objetos y de estilos, que los sentidos de la distinción filosófica, dimensión esencial del ‘espíritu filosófico’ hace inmediatamente discernir, constituyendo a unos como nobles, por tanto simbólicamente rentables, y a otros como plebeyos², por no decir vulgares, porque están más cerca de la historia, en los dos sentidos, de la génesis y de la experiencia, de la observación y de la inducción y, *last but not least*³, del sentido llamado común.”

La finalidad de este ejercicio sociológico es “objetivar las condiciones de producción de los productores y los consumidores del discurso filosófico, y en particular las condiciones que deben ser reunidas para que este discurso se encuentre investido de una legitimidad propiamente filosófica, es incrementar las posibilidades de suspender los efectos de la creencia socialmente condicionada que lleva a aceptar sin examinarlo, todo el pensamiento instituido.”

² Se sabe que la expresión de *filosofía plebeya*, que se utiliza algunas veces contra el materialismo, el empirismo o la evocación del sentido común, nos remonta a Cicerón, quien nombraba “filósofos plebeyos” a “todos aquellos que se apartan de Platón, Sócrates y de su familia” (*Tusculanes*, I, 23). Y de hecho, la oposición entre Platón y Epicúreo (entre otros) continúa funcionando según esta lógica en los “espíritus filosóficos”.

³ En inglés en el original: en último lugar pero no por ello menos importante. *N de la T.*

Un ejercicio de esa naturaleza supone llevar la práctica de la reflexividad o vigilancia epistemológica al extremo de objetivar las condiciones sociales del pensamiento, de la producción de los productores de filosofía y de las mismas instituciones filosóficas. Pero, al mismo tiempo, nos advierte Bourdieu, “un pensamiento de las condiciones sociales del pensamiento es posible que dé al pensamiento la posibilidad de una libertad en relación con sus condiciones.” Y este principio vale lo mismo para la filosofía que para las ciencias sociales.

En filosofía, como en cualquier otra ciencia, los límites de la institución, su ejercicio autoritario y el efecto de censura requieren ser objetivados para el ejercicio libre de la filosofía: “La ciencia de la institución da toda su fuerza a la polémica científica contra los efectos contrarios a la ciencia de las limitantes de la institución.”

Finalmente, la propuesta que Bourdieu hace para una sociología del campo filosófico tiene como fin lograr la libertad de los filósofos: “es a condición de tomar el riesgo de cuestionar y poner en peligro el juego filosófico mismo, al que está ligada su existencia en tanto que filósofos, o su participación legítima en este juego, que los filósofos podrían asegurarse la libertad en relación a todo aquello que les autoriza y les funda, a llamarse y a pensarse filósofos.”

Algunos elementos relevantes de la autonomía de las ciencias sociales

Si pudiéramos imaginar el panorama actual de las ciencias sociales, nos encontraríamos con un mosaico multicolor, dada la diversidad y complejidad de sus instituciones, asociaciones profesionales y tradiciones que van dialogando entre ellas o, por el contrario, se van estableciendo clasificaciones a la manera, por ejemplo, como Boaventura de Sousa Santos distingue las ciencias producidas en el Norte y la necesidad de impulsar las epistemologías del Sur. Con lo que pudiéramos considerar a un conjunto de científico sociales y algunas de las instituciones a las que

pertenecen, a los que pudiéramos colocar del lado de la construcción de ciencias sociales contrahegemónicas.

Con esto, queremos establecer la importancia de impulsar la autonomía del ejercicio de las ciencias sociales respecto de las grandes corporaciones transnacionales y, por tanto, evitar caer en las dinámicas perversas del mercado y sus demandas de teorías e investigaciones que lo legitimen, pero también respecto del Estado, que también establece criterios y demandas de lo que quiere que se produzca desde las ciencias sociales.

De esta manera, no es una utopía imaginar filósofos y científico sociales que dialogan para enriquecer sus propias disciplinas y que, además, mantienen autonomías que no son sencillas ni simples, como las demandas de las grandes empresas petroleras que financian investigaciones que muestren la inexistencia del cambio climático; o de las empresas de telecomunicaciones que financian investigaciones que privilegian las grandes transformaciones producidas por la revolución tecnológica.

No está por demás señalar, finalmente, que tanto en el campo de la filosofía como en el campo de las ciencias sociales, la política interna que se desarrolla en su interior enfrenta el desafío de la autonomía como una de sus luchas principales, porque se trata de romper los límites que el ejercicio de la autoridad y el efecto de censura producen en esos campos.

La línea que se puede impulsar para lograr márgenes de autonomización radical, valga esta expresión un tanto herética para los oídos más academicistas, en la alianza con la diversidad de movimientos sociales que, desde abajo y a la izquierda, exploran y demandan, proponen y exigen una manera distinta de estar en el mundo y de establecer relaciones de justicia, libertad y democracia auténtica, no sólo como régimen de gobierno, sino como estilo de vida y que, de esa manera, superemos los patrones que nos impone la dominación simbólica de la razón imperialista en tanto que razón capitalista, colonial y patriarcal.

La libertad de los filósofos y los científico sociales para el ejercicio inter y multi disciplinario de pensar el cambio de época que estamos viviendo, sólo será posible mediante un diálogo entre ambas disciplinas y entre ellas y los movimientos sociales.